

*El acontecimiento será
nuestro maestro interior.*

Emmanuel Mounier

Edita

Instituto Emmanuel Mounier

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

Dirección del I. E. M. en Internet:

<http://www.pangea.org/~spie>

Correo electrónico:

iem@pangea.org

Consejo de redacción

Luis A. Aranguren Gonzalo

Ángel J. Barahona

Antonio Calvo (*Presidente
del Instituto E. Mounier*)

Luis Capilla

Carlos Díaz

Luis Ferreiro (*Director*)

Teófilo González Vila

Eduardo Martínez

Mercedes Muñoz

Manuel Sánchez Cuesta

Andrés Simón

Rafael Ángel Soto

Colaboradores

Jesús M^a Ayuso (Extremadura)

José M^a Vegas (Rusia)

El Instituto Emmanuel Mounier trabaja desde la sociedad civil al servicio de los valores de la persona en comunidad. Todas las personas que colaboran en esta revista y en el resto de sus actividades lo hacen de manera voluntaria y desinteresada.

Periodicidad: trimestral.

Administración, suscripciones, publicidad:

Instituto Emmanuel Mounier

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

Teléfono/Fax: 91 473 16 97

Depósito legal: M-3.949-1986

Impresión: Palgraphic, S. A. (Humanes de Madrid)

Diseño y producción:

La Factoría de Ediciones, S. L.

Servicios Editoriales

Conde de Xiquena, 15 - 2º dcha.

28004 Madrid

Teléfono/Fax: 91 310 40 98

Editorial

Ciencias, fronteras y fantasías

Como todo el mundo sabe, el origen de la vida se explica por la química, pero lo que no sabe todo el mundo es cómo se explica el origen de la ciencia química: ni más ni menos que por el misterio de la muerte.

Las creencias religiosas de los egipcios sobre el mundo de ultratumba impulsaron la búsqueda de las mejores formas de conservar los cuerpos. El arte de los embalsamadores (*khemeia*) necesitaba la indagación de sustancias y procedimientos para aumentar la eficacia de su trabajo.

La guerra, oficio de muerte, proporcionó otro impulso hacia el descubrimiento y manipulación de sustancias resistentes y creó la metalurgia. Y entre los metales uno, el oro, despertó la ambición y estimuló la investigación. Los sueños y las fantasías más grandes bulleron en las mentes de los sabios mientras hervían en sus alambiques y redomas las mezclas más imaginativas.

En todo caso, cualquiera de estos motivos era suficiente para que estos saberes se guardaran celosamente en secreto. Lo cual, a su vez, era motivo para suscitar la curiosidad y la desconfianza. La práctica de la *khemeia* llegó a ser prohibida por Diocleciano, pues a tal punto llegó la creencia en el éxito inminente del proceso de la fabricación del oro a partir de otros metales que el emperador temía la bancarrota de la economía imperial. Parece que estimaba necesario algunos ajustes o un plan de convergencia, con reducción del déficit y de la oferta monetaria (no hay nada nuevo bajo el sol). Y, claro, si la gente se dedicaba a fabricar oro en sus casas, difícil iba a tener el control de la inflación. Así que, ni corto ni perezoso, mandó quemar todos los tratados de *khemeia*.

Como además estos conocimientos procedían del dios egipcio de la sabiduría, Thot, el triunfo del cristianismo

acabaría de relegarlo. Su práctica, llevada por los cristianos nestorianos a Persia, sería rescatada cuando ésta cayó en manos de los árabes, quienes la volvieron a introducir en occidente con el nombre de *al-kimiya*.

Aquí fue practicada por sabios como Roger Bacon, san Alberto Magno, Arnau de Vilanova, Raimundo Lulio y Tomás de Aquino, que creyeron en la posibilidad de conseguir la piedra filosofal que transmutaría los metales. También se creía que a partir de ella se obtendría la panacea que curaría todas las enfermedades, y los más osados aseguraban que ese elixir proporcionaría la vida inmortal. Estas creencias llegaron hasta el siglo XVIII y participaron de ellas ilustres científicos como R. Boyle o Newton.

En la alquimia se encontraban el trabajo técnico serio y paciente, la pasión de penetrar en los misterios de la materia, la ética de la responsabilidad, la humildad del sabio en busca de una sabiduría gratuita y de unos conocimientos para el servicio de la humanidad, la razón filosófica y la mística religiosa. Más que un ácido o un modo operatorio, se cifraba una norma de conducta en la palabra clave «vitriol»: «visita interiora terrae rectificando invenies occultum lapidem», es decir, «visita el interior de la tierra y obrando rectamente hallarás la piedra escondida».

El cenit de este movimiento místico y científico puede situarse en la figura de Paracelso, que da un giro a la alquimia, la hace menos hermética y la orienta al servicio de la humanidad a través de la medicina, en un esfuerzo por renovarla sacándola de la tradición galénica. Pero al popularizarse, después de su muerte se produce una bifurcación entre una corriente de tendencia racional y laboriosa que daría lugar a la química moderna, y otra mágica que terminó llenándose de charlatanes y buscadores de fortuna.

